

FICCIONES DE VERANO - VII

Por: Sonia Blanco

Ojos de renacuajo

A las siete y cincuenta y seis puntualmente llegaba el tren a la estación, una máquina amarilla con dos vagones metálicos exactos, se paraba junto al andén en que se apiñaban los pasajeros somnolientos a esas horas, que éramos siempre los mismos cada día de la semana. Yo, como casi todos los demás, acostumbraba a sentarme siempre en el mismo sitio. Es curiosa esa tendencia de los seres humanos a convertir en hábito todas sus acciones por insignificantes que sean.

Ocupaba mi sitio de manera que fuera en el sentido de la marcha, me instalaba lo más cómoda posible en aquellos perfectos ángulos rectos que eran los asientos, apenas forrados para preservar al pasajero del frío metal del que estaban fabricados y abría mi libro, dispuesta a pasar media hora inmóvil en aquel lugar.

En la tercera estación el tren se llenaba hasta los topes y allí, entre una multitud casi mecánica, se subía un chico joven invariablemente vestido con unos pantalones estrechos, con irregulares manchas blancas y negras, ajustados a la pierna hasta caer dentro de unas botas enormes con hebillas que le trepaban por la pantorrilla. Encima llevaba una cazadora de cuero negra con los hombros anchos. Su cara era pálida y delgada de rasgos corrientes, con la piel tensa sobre los huesos de los pómulos. Su cabeza estaba rapada casi en su totalidad, salvo en la parte superior en la que el pelo se sostenía rígido en mechones largos que le recorrían el cráneo desde la frente hasta la nuca. Además, llevaba perforadas varias veces ambas orejas, la nariz y el labio inferior, atravesados por pequeños objetos de metal. Tenía unos ojos muy oscuros en los que la pupila y el iris se fundían en una única mancha negra. Sobre la piel desnuda de la cabeza tenía tatuados símbolos geométricos.

Aquel chico me producía la

misma desazón que la imagen de los faquires que salen en la tele, con una satisfacción inexplicable en el castigo del cuerpo, tenía un aspecto fiero, aunque si te parabas a mirarle su expresión ausente lo desmentía. Suponía que había elegido esa apariencia como otros de su edad se decantaban por un look de «hiphoper», de pijo o de futbolero irredento.

Yo me imaginaba que era uno de tantos estudiantes que abarrotaban el tren, ya que siempre llevaba consigo una carpeta azul con gomas completamente acrílica de inscripciones en inglés. Jamás hablaba con nadie, no como los otros chicos de su edad, que formaban grupos y discutían de exámenes, de chicas o de alcohol a voces, sin importarles lo más mínimo que alguien oyera sus comentarios bárbaros.

Un día se sentó frente a mí, cuando llegó yo le miré brevemente mientras se acomodaba en el espacio estrecho que quedaba entre ambos, en segundos retomé mi lectura y asistí con despreocupación a la caída de Granada en manos de los Reyes Católicos.

Al día siguiente yo iba en el asiento de costumbre y él volvió a sentarse frente a mí, supuse que no habría encontrado otro libre y la casualidad le habría hecho repetir, pero cuando al siguiente le vi llegar decididamente a ocupar el asiento frente al mío, dejé el libro abierto, pero apenas leí, me dediqué a espiar con leves movimientos del ojo por encima, por debajo y alrededor de los bordes laterales de León el Africano a mi vecino de enfrente. Como no quería delatar mi tarea no le miré fijamente, observé de soslayo sus manos, advertí el extraño tatuaje que tenía en la derecha, entre los dedos índice y pulgar. Mi compañero de trabajo, que lo sabe todo, y si no es como si lo supiera, me contó que ese tipo de marcas se las hacen los soldados que han estado en la Legión, pero era imposible que

aquel posadolescente hubiera hecho la mili, así que deduje que lo llevaría por el mismo afán provocador que el resto de su indumentaria. En un momento fugaz en que fingiendo descansar la vista levanté la cabeza y le miré a los ojos, me sobresalté al ver que los suyos estaban clavados en mí. Desvié la mirada a toda velocidad y fingí que leía, pero sólo dejaba pasar un tiempo para volver a repetir el gesto y cuando lo hice encontré sus pupilas fijas en mí. Me sentía extrañamente inquieta porque me prestara esa atención, aunque sabía que podía ser normal, todo el mundo mira a quien tiene enfrente, en un sitio así hacia dónde vas a mirar.

Jamás hablaba con nadie, no como los otros chicos

Me bajé del tren con la sensación de que él iba detrás de mí, sin poder resistirme a ello me giré y, en efecto, caminaba a un metro escaso de mi espalda con un ritmo almohadillado fruto de las grandes botas con que se movía y seguía mirándome directamente sin alterarse lo más mínimo. Caminé lo más aprisa que pude y para cuando llegué a mi trabajo ya me había olvidado de él.

Al día siguiente ni siquiera recordaba el incidente, yo lefa con tranquilidad cuando llegó. Pasó tropezando con los demás pasajeros hasta mi altura, insertó sus piernas flacas entre las de los que ya estábamos sentados, se dejó caer como sin peso en el asiento frente al mío y clavó su

mirada en mí. Abandoné por un momento el libro y levanté la vista desafiándole, sería un duelo de resistencia para ver quién cedía antes y fui yo la más débil. No sabría decir cuántos minutos transcurrieron mientras nos mirábamos, yo en actitud claramente hostil, él, calmado, imperturbable, pero fueron varios y yo acabé por abrir el libro y aparentar que lefa sintiéndome furiosa con aquel mocoso que se atrevía a desafiarme sin motivo, sin conocerme, escudándose en su aspecto intimidante. Del resto del trayecto ni me di cuenta, tan ocupada como estaba en mi indignación.

Durante todo el invierno se repitió la situación, él llegaba, se sentaba y sin disimulo me miraba sin desviar la vista un solo instante, yo no podía concentrarme en la lectura y me resultaba imposible avanzar una sola página, en varias ocasiones llegué a cambiar el libro que llevaba conmigo todos los días sin haber terminado el anterior sólo porque él no notara mi falta de progresos y se lo apuntara como una victoria. Los días soleados en que a la salida de la estación los rayos del sol caían oblicuos sobre nosotros podía ver su sombra proyectada junto a mí, su cresta como de saurio prehistórico me acompañaba parte del trayecto, luego, torcía su rumbo y me dejaba libre.

Los meses siguientes todo continuó igual, seguí soportando su mirada a diario, sus pasos tras los míos, su silencio obstinado estrellado en mi cara. Yo albergaba un temor cada vez mayor, una inquietud inexplicable ante alguien inofensivo hasta el punto de no haberme dirigido la palabra jamás.

De pronto, a finales de la primavera dejé de verle, pasaron los días y acogí con alivio creciente que de la multitud que su estación dejaba escapar no sobresalieran sus mechones tiesos. Al principio lo atribuí a la época de exá-

menes, a las vacaciones de verano que dejaban casi vacío de estudiantes el tren. Llegó el otoño, las horas de jóvenes volvieron a tomar sus posiciones en el vagón pero él no apareció.

Un día, a causa de un encargo en el trabajo de los que siempre me tocan a mí, tuve que apearme del tren una estación antes de lo que solía hacerlo. Me levanté de mi asiento con tiempo suficiente para llegar a la puerta del vagón sin apuros e intentando sostener el bolso, el paraguas y la cartera, por un lado, y a mí misma con ambos pies en el suelo entre los bamboleos furiosos del tren, por otro. Avancé lentamente renqueando entre los pasajeros que entorpecían mi marcha por el pasillo, ya casi al final tuve que dar unos golpecitos en la espalda de un chico que no se percataba de mis intentos por rebasarle porque mantenía una animada charla con una jovencita parlanchina, le pedí por favor que me dejara pasar y él, socrático, se hizo a un lado pidiendo disculpas educadamente. Ya estaba frente a la puerta y el tren a punto de pararse cuando lo vi, vi el tatuaje en la mano del chico que acababa de dejarme paso. Se agarraba al portaequipajes para mantener el equilibrio y pude ver los símbolos con claridad, miré atónita su poblada cabellera oscura, su atuendo con camisa de dos colores y pantalones amplios de algodón, sus zapatos de marca. Aún conservaba las señales en las orejas y el resto de la cara, pero exhibía una expresión risueña en sus pupilas completamente nueva. Las puertas del tren se abrieron y salí al andén sin haberme repuesto de la sorpresa y sin que aquel joven me prestara la más mínima atención. Supongo que, junto a todas las cosas que había dejado atrás en su metamorfosis hacia la persona que era ahora, el interés inexplicable, belicoso y obstinado hacia mí fue una más.

Club de la comedia astur en Candás

Candás, David ORIHUELA

En los últimos años las televisiones, las radios y los escenarios se han poblado de monologuistas. Esto ha llegado al Centro Cultural Teatro Prendes de Candás a reivindicar una de sus variantes, el monologuismo cómico asturiano. Hace ya algunos años que dentro del Salón de teatro costumbrista asturiano que organiza el Prendes y patrocina LA NUEVA ESPAÑA hay una función especial de monologuistas.

Este año la organización ha ofrecido el primer curso de monologuismo cómico asturiano. Carlos Alba, «Cellero», el profesor, cree que es la primera ocasión que se realiza en Asturias un taller así. Alba es un apasionado de una disciplina «que

tiene comparación en el mundo».

Tiene 5 alumnos, 3 chicas y 2 chicos. En la primera jornada de trabajo se sentaron las bases. «Hay que crear un personaje propio ligado a una historia cómica mayoritariamente en verso. Luego hay que interpretarla de una forma especialmente bufonesca», encadena Alba. Su taller, de 10 horas, «es sólo de iniciación», de primeros conocimientos para luego ir desarrollando su talento con práctica y horas.

Cada uno elegirá un camino. Hay monologuistas clásicos y modernos. Alba es el más joven de los que ejercen en Asturias y el más atrevido. Quiere revitalizar la tradición y ha puesto en marcha un proyecto centrado en el que las historias no serán de la época de sus abuelos, sino

de su juventud. El marco temporal serán los años 80 y las historias tendrán un fondo musical de la conocida movida madrileña con canciones de Alaska.

Sin olvidar la tradición, Alba ha apostado por dar el relevo a nuevas generaciones en este primer taller y adentrarse en la nueva experiencia actualizando las historias que cuenta sobre el escenario. También es una nueva apuesta del Salón de teatro costumbrista asturiano de Candás dentro del cual ofrece hoy un concierto el guitarrista Armando Orbón, a las 9 de la noche, en la Casa de Cultura de Candás. A las 11 de la noche, el grupo de teatro avilesino «La Diosa del Sarcasmo» representará en el Teatro Prendes «Les cartes», de Pilar Murillo.



DAVID ORIHUELA

Cellero, rodeado de sus alumnos.